

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOU
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS

14ª Edición: diciembre del 2026

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

**Prosa poética
de
Ramón González Medina**

BREVE BIBLIOGRAFÍA

Ramón González Medina (Sevilla, 1948), titulación: Estudios básicos, es socio de ACE-Andalucía y cofundador de la “Asociación de Cervantistas de Sevilla”. Poeta, narrador y articulista.

Tiene en su haber multitud de colaboraciones en diversas antologías y algunos modestos premios.

Entre sus publicaciones tiene: “*Del amor y sus ausencias*”, 1993, (autoedición); “*Con el calor de la mirada*”, (Guadalturia Ediciones, 2015). En obra colectiva: “*Vapores del erebo*”, Ayuntamiento de Sevilla, 1988); en Cuadernos de Roldán, (Colectiva: 1996 – 2006); “*Poemas para un naufrago*”, (2º premio Fernando Villalón, Ayuntamiento de Sevilla, 1998). Y otras publicaciones colectivas en Exmo. Ateneo de Sevilla; “*Fiesta del ultra*” y otros muchos... etc.

ELOGIO DEL OLIVO

Aquel tiempo insepulto de piedras de molinos nos olvida y nos rige. El hombre y el olivo, cantados desde la oscura noche. Perejil y pimienta. Su aventura indeleble nos alcanza y exige gota a gota su refugio. Elogio de la tierra antes de ser el abecedario. La palabra completa y sus acentos. Cuando apenas la adelfa daba flores y la risa era un gesto contenido. Gris el cosmos y la luna bastaba a su corteza como luz, y el tiempo no existía en los relojes. Fue el inventario. El olivo y el hombre, atados a la desesperación de sus aromas, a la grima del aire que los vence en su arrabal de tierra. ¡Cuánto debe este terrestre mundo al tronco del olivo! El hombre, que aún arbóreo, lo iniciara, quién sabe, si próximo al olivo se inventara la siesta de la tarde. Unidos por la idea del alfa nutritivo. Sin cansarse el uno de los otros.

Sus anchuras recuerdan la alambrada insumisa y triste de su fortaleza. Donde el hombre cava la sustancia y eleva su esplendor a beneficio. Habitando de aceite los tiempos inefables de la inmensa llanura, las noches, la cumbre y su dureza. El hombre lo cantó, llevándolo de Egipto con sus ramas hasta la Magna Grecia. Y el fenicio a nosotros, por la Vera y los Valles del Jerte, nuestras hermanas tierras, cruzando los collados del sur, los andaluces pueblos y enamorando sueños del altar fosilizado. Y hoy, es nuestro árbol milenario, resorte de su imperio de años, de doblegados hombres incansables, llevadores de agua a sus raíces. Feliz rutina que anima y que prospera cuando canta el amor en la cocina. Con su corteza gruesa y agrietada nos mira desde lejos, haciéndonos soñar, volubles, queriéndonos contar sus cuatro o cinco metros de olivar y hojas indivisas. Siempre verdes y opuestas, elípticas y estrechas, causales de morgaños, puntiagudas. Precisas. Sus flores en racimos animan a quererlo. A cuidar su viveza, su trama, el esquimo, su hermafrodita esencia nutritiva. Su fruto renacido. Ya lo quiso Atenea, que era gentil y sabia entre los dioses. Yo lo recuerdo en mis primeros pasos. Primigenias andanzas, noches de lunas y en las que el sol daba luz a las manos, duras y aceituneras. Casi muertas de frío y de labranzas.

Olivito, olivito, por tu verde olivar va la aceituna prieta y oleosa corriendo tras la luna. Yo te miro y te canto al fin de la jornada. Cuando empiezan las estrellas a soñarte los mayos florecidos, y al pie de la corteza de tu tronco gira el sueño del hombre que descansa. No pestañean mis ojos. Esperan su final con la esperanza traicionada. Casi queriendo ser la llama viva, aura de continentes abrasados. Siendo solo la idea del árbol primitivo, la que desarboló al homo glacial de su aislamiento. Alegre olivo de geológicas ramas, llenas de aceite para el beso nupcial de la ilusión. Yo te canto y elogio tu dureza. Me haces noche de alivio perfumado, de raíces ignotas, que el viento de los mundos oscurece a mi paso, para morder las piedras de la melancolía y los sueños completos.

Ramón González Medina